

Uno de los hombres que con ellas bailan, va completamente desaliñado. Sobre una cabeza despeinada, lleva un sombrero ordinario de petate, de inmensas alas, echado para atrás, dejando caer sobre la frente largos y espesos mechones de pelo: está despechugado y en mangas de camisa: un calzon blanco, por la tela, pero negro por la mugre, se sostiene en la cintura por un ceñidor azul, no mas limpio que el resto del traje: una frazada echada sobre el hombro, y unos zapatos amarillentos de gamuza con tacon estrecho y alto, completan su vestido. En su rostro cetrino y poco franco, se ostenta un enorme chirlo que le coje parte del carrillo y le divide el labio superior, prueba inequívoca de su vida tumultuosa.

El otro, por el contrario, va vestido con lujo: lleva un fino sombrero *jarano* de anchas alas, galoneadas de oro, con rica *toquilla* (1) de plata y *chapetas* (2) de lo mismo:

(1) Grueso cordon de oro, plata, fina piel, ó de chaquirá, en forma de culebra enroscada, colocado al rededor del sombrero.

(2) Adorno figurando águila ú otra cosa, que se coloca

una lujosa *manga* (1) morada con *dragona* (2) de oro, y orlada de ancho galon del mismo metal, ostenta sobre sus hombros: una rica *calzonera* (3) de paño azul, con botonadura de plata, sostenida por un ceñidor bordado y con grandes borlas de oro colgando por detrás, está en armonía con una vistosa *cotona* (4) de fina piel de venado, que ostenta en la espalda una águila de oro, primorosamente bordada, y sobre los hombros porcion de alamares del mismo metal.

Los espectadores, embozados ellos en sus frazadas, y ellas en sus ligeros rebozos, manifiestan en la alegría de sus rostros el placer de que están animados,

Los músicos, con ronca y destemplada

á ambos lados del sombrero entre la copa y el ala, para que no salga la toquilla al quitarse el sombrero.

(1) Se da el nombre de *manga* á una pieza redonda de paño, de dos varas y media de largo, abierta en medio, á manera de casulla, para meter la cabeza ó embozarse cuando llueve.

(2) *Dragona* se llama el adorno que se pone á la abertura de la *manga*.

(3) Pantalón con botonadura de plata á los lados.

(4) Especie de chaquetilla andaluza, de cuero de venado, sobre cuyos hombros y espalda cuelgan porcion de alamares de plata.

voz cantan, de vez en cuando, algunos pi-  
cantes versos, que son recibidos con estre-  
pitosos aplausos.

Los que bailan, animados por los vivas y  
los bravos, se esmeran en hacer nuevas fi-  
guras que llamen la atencion.

—Vaya un versito, D. Dolores, un versito  
del *Butaquito*.

Gritó uno desde un rincon, acabando de  
apurar un enorme vaso de pulque.

—Sí, sí, un versito.

Repitieron todos.

—Allá va.

Dijo el músico, y cantó con empulcada  
voz la siguiente:

Ese lunar que tienes  
cielito mio, junto á la boca,  
no se lo des á nadie  
cielito mio, que á mí me toca.

—¡Bravo, bien....! D. Lolo.

Gritan unos.

—Aquí hay pulque.

Exclaman otros, y hacen que circulen el  
jarro y el vaso por toda la pieza.

—Valedores—dijo uno deteniendo á otro  
que se disponia á salir del baile;—D. Ge-  
novevo se *quiere dir* para su casa, y es pre-  
ciso que no se le permita.

—No, no; nadie se *chispa* (1);—respon-  
dieron varias voces:—aquí nos ha de ama-  
necer á todos.

—Si es que de un *trompezon* se me ha *co-  
pinado* (2) la uña, y ya no puedo bailar.

—No le hace: beba vd. pulque, pues con  
pulque se cura todo.

—Don Dolores, toque vd. un *Parreño* pa-  
ra que lo baile D. Pilar con la linda *Piés de  
plata*.

—Sí, sí; el *Parreño*.

(1) Gritaron todos.

Y una nueva pareja se agregó á las dos  
que bailaban.

—Otro versito, D. Dolores.

El músico tomó un trago para refrescar  
la garganta, y cantó el siguiente verso:

Si el *Parreño* bailas,  
pierde hasta el magin

(1) Se marcha.

(2) Levantado.

con tu pié de á gеме  
todo gachupin.

Y si mas arriba  
te alza el aire el ruedo  
del vestido.... queda....  
como yo me quedo.

Parreño sí, Parreño no;  
Parreño dueño de mi corazon. —

—Don *Trenidá*.

Dijo uno de mala catadura á otro de no  
mas halagüeña facha que estaba á su lado.

—¿Qué hay compadre?

—Que parece que la Tangos no le *dis-*  
*cuadra*.

—¿Por qué, compadre?

—Porque le está vd. *pelando el jalisco* (1)  
que parece que la va vd. á comer.

—Ni pensaba en ella.

—Es vd. *muy pico largo* (2); pero yo no lo  
soy menos; y como está tan *chula*.... (3).

—De veras, compadre, que está *güena* y  
*bonifacia* (4).

- [1] Mirando de hito en hito.  
[2] Muy vivo, sagaz.  
[3] Graciosa.  
[4] Bonita.

—¿Y vd. no le ha *desembuchado* su atrevi-  
do pensamiento?

—No, compadre, porque su *amasio* (1) es  
mi valedor, y esto me *injuende respeto*.

—Bien hecho, y como nunca la dejan *só-*  
*lida* (2).... Pero oigamos, que van á can-  
tar los músicos, y me pasma la voz del que  
toca el bajo porque es *rebusta* y *sempática*.

Y el músico, cuya voz era ronca y des-  
templada, cantó el siguiente mal perjeñado  
verso.

Señora, ¿por qué razon  
á mi corazon *hirites*;  
si tenias otro amante,  
por qué no me lo *digites*?

—¡Bravo, bravo....! ¡eso es *devino*....!  
viva el barrio de la Palma, y que vivan sus  
mujeres, exceptuando las *vigilias* (3) y las  
*mamuelas* (4).

—¡Qué vivan!—gritó un maton; y luego  
añadió por lo bajo dirijiéndose á una gra-

- [1] Querido.  
[2] Sola.  
[3] Viejas.  
[4] Malas.

ciosa jóven de ojos negros:—Mas sobre todo, que viva esta linda *chatita* (1), que me tiene sorbido el seso con su lindo bozo y su boquita de azúcar candi.

—Llamarada de petate:—contestó ella mirándole con gachonería.—Sin duda no le deja á vd. ver bien el humo del mucho pul que que le sube del *estógamo*.

—No, no es el *jumo* del *tlamapa* (2), sino el *retemucho* amor que siento, *quen* mueve mi lengua.

—*Cayetano la botica* (3), y estese *silencio* (4) con las manos, porque solo los diablos tientan.

—No se muestre vd. *polinaria* (5), mi alma.

—¿*Quere* vd. que le quieran á *chaleco* (6)?

—No, por voluntad; pues ya sabe vd. que nada *quero* por la *juerza*.

(1) Término de cariño.

(2) Pulque.

(3) Silencio, callarse la boca.

(4) Quieto.

(5) Ingrata.

(6) A fuerza.

—Así me *cuadra*.

—¿Y cuándo me *carresponderá* vd., *cielito*?

—Cuando me *nazca*.

—¿Pero cuándo?

—Verónica (1). Mas no hablemos *quedito* porque nos están todos *pelando el jalisco*.

—¿Pero debo esperar? ¿*Cirilo ó norte?* (2).

—Ya le he dicho á vd. que *Verónica*.

—¿Valedor?

Dijo acercándose á uno de los bailarines uno de los concurrentes.

—¿Qué se ofrece?

—Que me permita vd. bailar un *cachito* (3) con la *chula* compañera que con tanta gracia *repiquetea* los piés.

—Está *güeno* valedor: le doy la *paloma* (4).

—Con la *benia* (5).

Dijo el agraciado poniéndose delante de la que bailaba, en tanto que el otro se sen-

(1) Veremos.

(2) ¿Sí, ó no?

(3) Poco.

(4) La gracia de bailar un rato con su compañera.

(5) Con el permiso.

taba, esperando á que le devolviesen su compañera.

—Que toquen el *Mal-creado*.

Gritaron varias voces.

Y el del bandolon, bajo y arpa, dieron sus notas al viento, entusiasmando á la concurrencia.

Entonces, el que acababa de salir á bailar, se quitó su *zarape* (1) y su sombrero; puso aquel sobre los hombros de su compañera, y éste en su hermosa cabeza; se quitó el machetè que llevaba al cinto, entregándoselo á la jóven, y siguieron bailando de aquella manera, provista ella de los arreos varoniles.

—Una coplita, D. Lolo, de esas de picante salsa, por el *chisgo* (2) de la que cantó *endenantes*.

Dijo uno desde la mesa en donde el pulque se hallaba, mientras echaba de beber á varios sedientos.

Los músicos, deseosos siempre de complacer, cantaron este mal forjado verso.

(1) Manta fina como la de los contrabandistas.

(2) Estilo.

*Onde quera que yo voy,  
como que soy mal-creado,  
á cualquiera endina jembra  
á chaleco la arrebato;*

Lo digo quedito y recio,  
que para eso el *jierro* traigo;  
*quéranme*, pues, todititas,  
y no chisten sus *amacios*.

—¡Uy!... que bien!... Ande, D. Roso—digeron á uno de los que bailaba:—oblíguela, que no hiere.

Y D. Roso, anhelando dejar bien puesta su fama de bailarín, repicó admirablemente con sus pies sobre la tabla.

—Saca tú á D. Margarito

Dijo la que bailaba con D. Roso volviendo el rostro, y dirigiéndose á una jóven pizpereta de airoso cuerpo y de hechicero rostro.

—Si yo no se, señorita.

Contestó aquel á quien se refería.

—No importa: me *nace* que baile vd., y basta.

Entonces se levantó la jóven de su asien-

to y se acercó á D. Margarito atravesando con gracia sin igual la sala.

Tendría diez y ocho años la interesante jóven que hácia él se dirijía llevándose tras sí las miradas de todos.

Conocida era en el barrio por la *linda Federacha*, apodo por el cual contestaba sin que nadie supiese qué origen reconocía aquel nombre.

Era blanca y de ojos negros y expresivos: su largo pelo de azabache, suave y ondulado, formando graciosas ondas en su serena frente caía en dos trenzas, cuyas puntas recogía en el bordado ceñidor que oprimía su estrecha cintura: su preciosa boca, de encendidos lábios, dejaba ver unos dientes blancos, iguales y perfectos que, remedaban brillantes perlas.

Vestia unas vistosas enaguas, hechas de exquisitos pañuelos de seda de la India, anchas, airosas y cortas, que dejaban lucir una torneada pierna y un pié en abreviatura, sin media, pero calzado por un lindo zapato de raso verde, en cuya punta y talon brillaba una flor de oro primorosamente

bordada. Debajo de estas vistosas enaguas, llevaba otras de finísima bretaña, que dejaban asomar un delicado encaje ancho de un precioso dibujo. Un exquisito rebozo *calandrio* de seda, puesto con suma gracia, dejaba ver al desembozarse, que lo hacia con frecuencia, una camisa bordada de colores, que dudaba cubrir su turgente y elevado seno.

—Sabe vd., valedor, que está *devina* la Federacha?—dijo en voz baja uno de los concurrentes, á otro que le alargaba un vaso de pulque.—Con razon el *doitor* se suele *apropinguar* á ella *cada y cuando* que nos *vesita* en nuestras *divirsiones*.

—Lo cual no le cuadra *naidita* á D. Margarito que tiene *afeuto*, *asigun* se *devisa*, á la linda Federacha.

—¡*Vaya* si la *quere*! Y por eso mesmo tiene *melcocha* (1) de que se la *chispe* (2) el *doitor*, que es como la romana del diablo que con todas entra.

(1) Miedo.

(2) Lleve.

La Federacha, airosa y seductora, se acercó á D. Margarito que estaba sentado, y con el cual le habia invitado la Tangos á que bailase.

El favorecido le miró, con ojos apasionados, pero permaneció sin levantarse.

—A que me hagan un desaire no estoy acostumbrada, D. Margarito:—dijo la jóven viendo que el otro permanecia sentado:—vea vd. que le aguardo para bailar.

—No es desaire, mi vida, sino que no sé bailar.

—¿Quere vd. que se lo ruegue? Estoy segura de que si el *doitor* se hallase aquí, no se hubiera hecho tanto *del chiquear*.

—¡El *doitor*....!

Contestó con disgusto D. Margarito, pero sin atreverse á pronunciar ninguna palabra contra él.

—Y eso que él sabe menos que vd. el *jarabe*.

—Es verdad.

Contestó secamente D. Margarito.

—Pues entonces....

—Bien: para que vea vd. que tengo *reté-*

*muchas* ganas de bailar con vd.; pero que no lo hago, porque de *al tiro soy destalenta* do para ello, pondré mi sombrero para que me represente.

—Corriente.

Dijo la Federacha.

Y D. Margarito llevó á la jóven al sitio en que los demas bailaban; se quitó el sombrero y lo colocó en el suelo enfrente á ella; se despojó de la frazada que llevaba, la colocó en los hombros de su linda compañera, y se retiró á su asiento dejando su sombrero en el suelo para que representase su persona.

—¡Viva la gente del bronce!

Dijo uno remojando con un vaso de pulque la garganta.

—Y que vivan—respondió otro—los hombres ricos que nos ocupan en custodiar el dinero en el camino, recompensando nuestro trabajo generosamente.

—Sí, ¡qué vivan!

—¡A la salud de ellos!

Gritó uno bebiendo del mismo jarro.

—Lo que me *admira* es que siempre vamos por la plata á un *mesmo sitio*.

Observó otro.

—¿Qué tiene eso de particular?

Preguntó alarmado con aquellas palabras uno de los extranjeros que habia estado en conversacion con los otros dos.

—Nada, sino que nunca he visto á *nenguno* de la escolta que lo conduce hasta allí.

—Eso consiste en que la escolta se va antes de que vdes. lleguen; esto es, tan pronto como lo dejan seguro en la casa de donde vdes. lo traen.

—Es verdad.

—¿O *quieres* ir mas lejos de lo que *solemos dir*?

Le preguntó un compañero.

—No, sino que era una *refleision*.

En aquel momento se abrió la puerta dando entrada á un hombre que iba envuelto en un largo leviton.

—Buenas noches, señor *doitor*.

Dijeron varios del pueblo saludándole, mientras el resto seguia en los goces de su diversion.

Buenas noches señores.—Dijo el nuevo personaje con voz gruesa y tosca.—Veo que están vdes. muy divertidos.

Y Willey se dirigió hácia los tres extranjeros que estaban en la pieza.

Don Margarito, hizo un gesto de disgusto, miró á la Federacha que volvió el rostro para ver al que acaba de entrar, y refunfuñó entre dientes algunas palabras que indicaban sus zelos.

El extranjero que poco antes habia contestado al hombre del pueblo, se levantó de su asiento, y se acercó al doctor que le hizo seña de que se aproximase.

La concurrencia continuó bailando y viendo bailar.

—¿Qué se ofrece, señor Willey?

Le preguntó en voz baja.

—Una cosa muy importante para mí.

Contestó en el mismo tono el doctor.

—¿Se ha descubierto algo?

Dijo asustado su interlocutor.

—No.

—Pues entonces....

—Es asunto de amores el que me trae.

—Me habia vd. alarmado, porque como siempre estoy temiendo que estos conductores lleguen á sospechar....

—Pues no es nada de eso, sino, como le he dicho á vd., negocio de amores.

—Vd. siempre aficionado á las hijas de Eva.

—¿Qué quiere vd!.... Es mi debilidad.

—Yo digo que su fuerte.

—Es cierto.

—Pero venir á este sitio para un asunto de esos.... ¿Se trata de algunas de las jóvenes que están en este baile?.... ¿de la Federacha acaso?....

—Nada de eso; para esta clase de gente no necesito auxiliares.

—Sin embargo, suelen decir que las que parecen mas blandas suelen ser las mas difíciles de pelar.

—Será así; pero de lo que ahora se trata, es de una joven que ha encendido mi amor con sus desprecios.

—¿Su nombre?

—Luz.

—¿La señorita de quien me habló vd. hace algunos dias?

—Sin duda.

—¿La joven que se debe enlazar con un joven médico, llamado D. Rafael?

—La misma.

—¿Pues qué sucede?

—Que trato de impedir su casamiento á toda costa.

—¿Cuándo?

—Lo mas pronto posible.

—¿Y cómo?

—Exécúcheme vd.

Y Willey, llevando á un extremo de la pieza á su interlocutor, y bajando la voz cuanto le fué posible, le impuso del plan que habia concebido para conseguir su objeto.

El que escuchaba se sonrió con satisfaccion; puso su mano con familiaridad sobre el hombro del doctor, y cuando acabó de hablar, le dijo:

—Cuenta vd. conmigo: ya sabe vd. que me gustan esos lances.

—Por eso he recurrido á vd.

—Luz será de vd. sin duda alguna.

—Entonces me proporcionará vd. en el mundo las delicias de la gloria.

—¿Y cuándo es el casamiento?

—Después de Semana Santa.

—Bien; aun nos quedan algunos días.

—Pero el plan es preciso ponerlo en ejecución antes.

—Lo entiendo así: señale vd. el momento, y todo será ejecutado á medida de su deseo.

—Por ahora me basta saber que se halla vd. en la mejor disposición para servirme, que es con lo que anhelaba contar: con respecto al día y al plan ya hablaremos con mas calma.

—Cuando vd. disponga.

—Gracias. Ahora, para no hacerme sospechoso con los concurrentes al baile, voy á acercarme á ver la fiesta.

—Me parece bien.

Y el doctor se aproximó cuanto le fué posible á las parejas que bailaban.

Al ver á la Federacha tan lista y graciosa, sus ojos se inyectaron con el fuego de una pasión impura.

—¿Es posible, dijo, que á la flor del baile, á la mas graciosa del barrio de la Palma, le falte compañero, y que la obliguen á bailar con un sombrero? Vamos, que el que tal hace no debe tener corazón amante.

—¿A que su merced hubiera bailado conmigo?

Exclamó la Federecha sonriendo, sin dejar de bailar, y mirando á D. Margarito.

—Por supuesto que lo hubiera hecho aun que no entiendo el jarabe; pero por acompañar á una joven hechicera, sería capaz de bailar de cabeza.

Y al decir esto le puso la mano sobre el hombro acariciándola.

Don Margarito dejó ver en su rostro un gesto de marcado enojo.

—El *doitor*—dijo á su compañero el hombre que antes se ocupó de hablar de la Federacha—se parece al diablo.

—¿Por qué?

—Porque le gusta tentar.

—De veras que lo primero que hace cuando habla con alguna es acariciarla.

—Y no sé cómo D. Margarito lo *premite*.

—Por *respeito* á que es el amo.

El doctor, despues de haber permaneci-  
do un corto rato viendo bailar, se dirijió de  
nuevo al extrangero con quien habló al prin-  
cipio, y le dijo en voz baja:

—Me voy: no olvide vd. que me ha pro-  
metido ayudarme en mi empresa.

—Lo tengo muy presente.

—Adios, pues.

—Adios.

Los dos se dieron la mano, se la extre-  
charon afectuosamente, y Willey salió del  
cuarto saludando en general, y se dirijió al  
de la casera á cuya puerta llamó.

Entretanto la música y la algazara con-  
tinuaba con mayor entusiasmo.

Los concurrentes seguian haciendo fre-  
cuentes visitas al líquido fermentado, y los  
bailarines parece que se habian propuesto  
romper el envigado con los piés segun el  
ruido que hacian.

—¿Quién es?

Prégunzó la casera al oír que llamaban á  
su puerta.

—El que hace un instante entró.

Contestó Willey.

Doña Anita abrió prontamente y dijo al  
presentarse.

—¿Va vd. á salir cuando apenas acaba vd.  
de entrar?

—Sí; pero antes deseo que me informe  
vd. de una cosa.

—Pase vd., caballero.

A aquellas palabras, la mujer que pare-  
cia dormir en un rincon del cuarto, levantó  
la cabeza para ver al que entraba.

Willey penetró en la pieza diciendo.

—¿Está vacia la vivienda de arriba?

—Sí, señor.

—Pues yo la necesito.

La mujer que observaba desde el oscuro  
rincon sin ser vista, se estremeció al sonido  
de la voz del que hablaba, y fijó los ojos en  
él con afán extraordinario.

—Está muy bien.

Contestó Doña Anita.

—¿Quién es su dueño?

La antigua mercachifle pronunció el nom-  
bre del propietario, y Willey contestó:

—Le conozco; pasará á verle, y le suplico

vd. que á nadie se le alquile esa habitación, porque desde ahora corre de mi cuenta.

—Está muy bien.

—Ahora, si tiene vd. la bondad de abrirme la puerta de la calle....

—Con mucho gusto.

La casera salió á abrir: el doctor la siguió: la pobre mujer que yacía reclinada sobre el colchon, volvió á estremecerse, y exclamó.

—¡El es.....! ¡No me cabe duda.....!

## CAPITULO XI.

Lo que pasó en el jardín.

Volvamos ahora al jardín de D. Emilio.

Al tiro disparado por el que habia estado observando sobre la tapia, se oyeron dos exclamaciones, la una de un hombre que cayó al suelo envuelto en su sangre, y la de la desventurada Clotilde que perdió el sentido.

Uno de los que quedaban en pié, temiendo, sin duda, que acudiesen los criados de la casa á la explosion de la pistola, corrió sin detenerse hácia la escala de cuerda, su bió apresuradamente por ella, y saltando á la calle, desapareció entre las sombras.